

Aquí hay historia



La muralla de Son Catlar y sus torres acusan la influencia púnica en la isla de Menorca.

Fenicios y púnicos en Menorca

En 218 a.C. Roma y Cartago se vieron otra vez las caras en la Segunda Guerra Púnica, tras el asedio y la toma de Sagunto por el general Aníbal Barca. La isla de Menorca no fue ajena a la contienda: la flota de Magón, hermano menor de Aníbal, recaló en su puerto antes de poner rumbo a Italia. El proyecto Modular de la Universidad de Alicante, que rastrea los restos fenicios y púnicos en la isla, presentó el estado actual de la cuestión en unas jornadas apadrinadas por la Societat Històrico-Arqueològica Martí i Bella.

ALBERTO DE FRUTOS

Como todos los años, la Societat Històrico-Arqueològica Martí i Bella organizó sus jornadas de investigación histórica de Menorca, una cita que, desde 2004, lleva atrayendo a los principales especialistas, nacionales e internacionales, de cada ámbito de estudio propuesto, y que ha contribuido al mejor conocimiento y la puesta en valor de uno de los patrimonios más copiosos, y desgraciadamente todavía ignorados, del país.

En este caso, el programa no podía ser más estimulante. Fenicios y púnicos siguen siendo unos completos desconocidos para la mayoría de los aficionados a la Historia. La derrota de Cartago frente a Roma hizo que los vencedores destruyeran las huellas de aquella civilización –el *Carthago delenda est* de Catón *el Viejo* aplicado también, y sobre todo, a la memoria– y tergiversaran su paso por este mundo. Desde la insensata destrucción de Tartessos a la implacable explotación de los recursos peninsulares, la vieja capital del Estado púnico, que fundaron los fenicios allá por el siglo IX a.C., carga sobre sus hombros con una suerte de leyenda negra que los arqueólogos han venido a desmontar en los últimos años. Pero aún queda mucho por hacer.

El proyecto Modular de la Universidad de Alicante ha puesto sus miras en diversas regiones del Mediterráneo, con el fin de extraer una suerte de fórmula maestra de la arquitectura fenicio-púnica. Definir sus principales manifestaciones defensivas, domésticas, funerarias y culturales es uno de sus objetivos y Menorca uno de los miembros de la



El profesor Fernando Prados acercó los secretos de la Arqueología a los asistentes a las jornadas.



La doctora Jiménez Vialás explica las características de la muralla de Son Catlar.

La expansión de Cartago por el Mediterráneo a partir del siglo VI a.C. hizo inevitable su encuentro con la Cultura Talayótica

ecuación. A diferencia de lo que sabemos ya del legado fenicio-púnico en Sicilia, Malta o incluso en Mallorca e Ibiza –Diodoro Sículo mencionaba la existencia aquí de una colonia en el siglo VII a.C.–, Menorca se ha quedado un poco al margen. Injustamente, hay que agregar. Las XIII Jornadas de Investigación Histórica de la Societat Històrico-Arqueològica Martí i Bella, celebradas entre el 13 y 15 de noviembre pasados, resituaron la isla balear en el mapa. Justamente, hay que precisar.

POLÍTICA EXPANSIONISTA

La expansión de Cartago por el Mediterráneo a partir del siglo VI a.C. –la monarquía de Tiro cayó en poder de los babilonios en 573 a.C.– hizo inevitable su encuentro con la Cultura Talayótica. Hasta ahora, es curioso, se creía que estas gentes vivían en una especie de cámara acorazada, impermeables a la marcha del “progreso”, algo que resulta inaceptable siempre, y más en un entorno isleño. Basta con revisar el registro faunístico para comprender lo porosas que son las cul-

turas: en el caso balear, a finales de la Edad de Hierro se introdujeron nuevas especies, como el caballo o el asno, y se emprendió la explotación de los recursos pesqueros.

Las alteraciones de la sociedad talayótica, incontestables durante la segunda mitad del primer milenio a.C., confirman la interacción con el mundo púnico: el amurallamiento de los poblados, los cambios en el registro material de las necrópolis y en el ámbito religioso emplazan a las Baleares en esa órbita. A la sazón, Cartago era la potencia hegemónica en el *Mare Nostrum*, y la sola presencia de mercenarios iberos en sus tropas, documentada a partir del siglo V a.C., evidencia la fluidez de sus relaciones con los distintos pueblos peninsulares e insulares.

Los cartagineses se asentaron en ciudades fenicias como Gadir –donde, tal como recuerda la profesora de Prehistoria de la Universidad de Cádiz Ana María Niveau de Villedary, hubo un templo consagrado a Melqart, en el actual islote de Sancti Petri–; Malaka, Sex, Baria o la citada Ebusus (Ibiza), cuyo ascendiente sobre las Gimnesias –Mallorca y Menorca– iría creciendo con el paso del tiempo.

Tras el desembarco de Amílcar en Gadir en 238 a.C., los Bárquidas promovieron una política de control sobre el sur de la península Ibérica, consolidada para sustentar el esfuerzo de guerra mediante la extracción de plata en las áreas de Cás-



El poblado de Torrellafuda y su elocuente taula.

tulo o Cartagena. “Los fenicios –apunta la citada profesora– se servían del poder religioso para introducirse en esas zonas, y, de hecho, un yacimiento paradigmático de Tartessos como el Carambolo se interpreta hoy también como un templo fenicio”.

UNA ARQUITECTURA DEFENSIVA

Para la doctora **Helena Jiménez Vialás**, miembro del proyecto Modular, Menorca constituye un laboratorio ideal para estudiar la colonización con toda su complejidad: “En la isla se reconoce la introducción de instrumentos como el cincel, la progresiva reducción de los grandes bloques

talayóticos gracias a la aparición de los canteros y, consiguientemente, la división de trabajo”. La agrupación de viviendas, parte ya de nuevas redes de contacto, nos sugiere una dialéctica nueva, diferente.

Ahora bien, ¿en qué fecha se produjo el grueso de esos cambios? Hay en el siglo III a.C. un trance decisivo: la Segunda Guerra Púnica (218 a.C.-201 a.C.), que determinó una arquitectura de corte defensivo, identificable hoy en los yacimientos de Torrellafuda o Son Catlar, entre otros. La arqueología tendrá la última palabra, y esta ciencia aún no se ha pronunciado sobre la estrategia o los problemas de adscrip-

Con la ayuda de S.I.R.A.

EL SISTEMA INFORMATIZADO DE REGISTRO ARQUEOLÓGICO

(S.I.R.A.), puesto en marcha por la Universidad de Granada, se ha revelado como una valiosa herramienta para la gestión de información en las excavaciones y prospecciones arqueológicas.

En Torrellafuda –uno de los yacimientos mejor conservados de Menorca–, muy próximo a la Naveta des Tudons, los responsables del proyecto Modular acometieron una prospección de superficie, tras la que coligieron la existencia de distintas fases constructivas, así como de una serie de parámetros que vincularían el poblado con el mundo púnico.

Para no dañar el patrimonio, el equipo de trabajo devolvió cada fragmento de cerámica a su cuadrícula correspondiente, y procedió al análisis del material en el laboratorio. En función del número de piezas –unas 2.600, 1.000 de ellas de dudosa procedencia– y de su peso, podemos hablar ya de una construcción helenística, así como de signos de una explosión demográfica en el siglo III a.C.

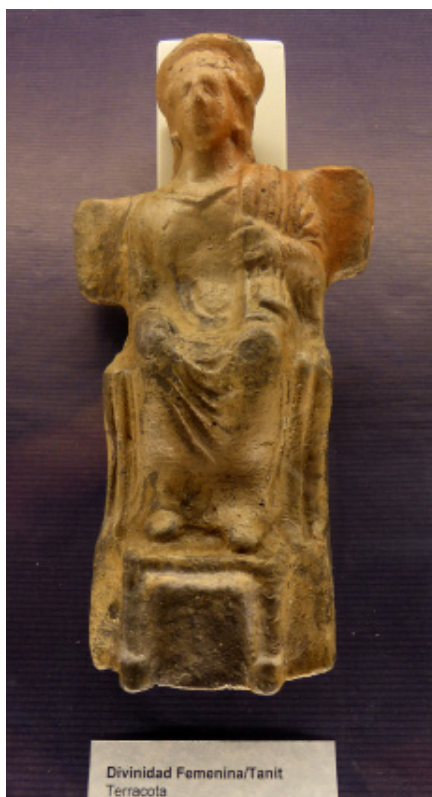
Ahora bien, ¿se trata al cien por cien de una construcción púnica? ¿Quién nos dice que en Torrellafuda o en Son Catlar no se levantaran unas defensas poco antes de la conquista del territorio por el cónsul romano Quinto Cecilio Metelo Baleárico, en 123 a.C.? ¿O tal vez en el contexto de las guerras sertorianas (83-72 a.C.)? “Hay que seguir trabajando en profundidad y proceder a los sondeos –aclaran los especialistas–, pero las hipótesis que manejamos en relación a la huella púnica son muy significativas.”



A la izquierda, el presidente de la Societat Martí i Bella, Àngel Roca Vidal, junto con los ponentes y las autoridades.



Junto con Torre d'en Galmés y Trepucó, el poblado talayótico de Son Catlar es el más extenso de Menorca.



Divinidad Femenina/Tanit
Terracota

Terracota de Tanit, la diosa más importante en el panteón cartaginés, en el Museu de Menorca.

Es posible que los mercenarios de Cartago levantaran una serie de campamentos en la isla dentro de un contexto bélico

ción; pero los indicios de las campañas llevadas a cabo en 2014 y 2015 resultan muy promisorios. Un ejemplo: en los citados poblados de Torrellafuda y Son Catlar se cumple escrupulosamente el patrón métrico de los cartagineses, el codo de 52 centímetros, similar al babilonio o el egipcio.

¿Cómo podríamos “traducir” este hallazgo? Posiblemente, los soldados de Cartago –fundamentalmente mercenarios, como veremos a continuación– levantaran una serie de campamentos en la isla dentro de un contexto marcial. Esto es, la guerra como generadora de cambios en las ciudades y en la maquinaria bélica (arrietes, torres de asalto, *ballistae*...). Desde la perspectiva del defensor, las fortificaciones dejaron de ser elementos meramente pasivos, un parapeto tras el que ocultarse; ya que los asedios podían prolongarse durante años. **Fernando Prados**, profesor de la Universidad de Alicante y responsable del proyecto Modular,

entiende que los elementos analizados “solo tienen sentido en una época de conflicto e incertidumbre”, y cita para sostener esta tesis el bastión de Trepucó y sus murallas de cremallera; la muralla con acceso sesgado y el bastión de Torrellafuda; o los bastiones de Son Catlar y sus accesos en codo.

LA LLEGADA DE MAGÓN

En la muralla de este último asentamiento talayótico, de un kilómetro de extensión (“la Ávila o la Carcasa de la Antigüedad”, en palabras de este experto), se advierten numerosos detalles que refuerzan sus argumentos, así los salientes para colocar elementos defensivos, tales como catapultas, o los sillares almohadillados. “La comunidad de Son Catlar se está adaptando a un contexto de guerra y, de algún modo –sentencia–, la *dignitas* del talayot va dejando paso a un nuevo entorno que asegura la *securitas* urbana”.

Los honderos baleáricos eran decisivos en la primera fase del combate

El hecho de que Magón Barca, el hermano menor de Aníbal y Asdrúbal, recalara en la isla entre 206 y 205 a.C., y pasara allí el invierno con unos 15.000 soldados, entre infantería y caballería, antes de poner rumbo a Liguria, es la pista que tienta ahora a los arqueólogos. Hablamos de toda una logística para subvenir la alimentación, el alojamiento... ¡un contingente tan nutrido como aquel tuvo que dejar necesariamente un registro material!

Tito Livio cuenta que, tras ser recibido a pedradas en Mallorca, Magón dirigió su armada hacia la “isla menor”, donde reclutó a unos dos mil auxiliares para la guerra de su linaje contra Roma. Entre ellos, cómo no, a los temidos honderos baleáricos, los mismos que lo habían saludado con un granizo de piedras en Mallorca, tal vez porque los cartagineses habían procedido allí a levadas excesivas, insostenibles.

Adolfo Domínguez Monedero, profesor de la Universidad Autónoma de Madrid, señala a este respecto que “los honderos fueron uno de los cuerpos de mercenarios más recios de Cartago, y participaron en batallas como Ecnomo o Baecula”. Cruciales en la primera fase del combate para desbaratar las líneas enemigas, una vez entablado el cuerpo a cuerpo se dedicaban a otros menesteres, ya como infantería ligera, hostigando al enemigo con sus lanzas, unos venablos endurecidos al fuego.

En ocasiones, los mercenarios eran reclutados por ciudadanos de prestigio entre los cartagineses, pero otras veces eran las propias elites locales las que los “engancharon”, a cambio de un tributo. Desde luego, convenía tenerlos de su lado: en la batalla de Cannas (216 a.C.), el general romano Paulo Emilio fue herido por el lanzamiento de una honda nada más empezar la lucha, lo que desequilibró las fuerzas; y, cuando no se les pagaba a tiempo, como sucedió al término de la Primera Guerra Púnica (264-241 a.C.), se desataba el caos, algo que los cartagineses aprendieron en sus carnes en

Un pueblo de navegantes

EL “TODO” DEL MEDITERRÁNEO

es también la suma de cada una de sus “partes”. Hay, en efecto, muchos mares dentro de él, y los navegantes de la Antigüedad los conocían como la palma de su mano. Las propias corrientes creaban los distintos circuitos regionales, que, siguiendo el eje Este-Oeste, pasaban por el Levante, en el Mediterráneo oriental, el Jónico y el Occidental, costeano Argelia, Túnez, la Cirenaica y Egipto.

Los fenicios se adueñaron de las rutas comerciales aprovechando ese eje, circunvalando el golfo de León, o desde el sur de Cerdeña hacia Sicilia –al este– e Ibiza –al oeste–, con Menorca como posible escala en la ruta de vuelta. Desde Gadir y Huelva, donde comerciaban con estaño, ámbar y oro, su influencia se extendió hacia la fachada atlántica europea y, en la época de las espadas en lengua de carpa –Bronce final atlántico–, los intercambios eran muy frecuentes.

El profesor **Alfredo Mederos**, de la Universidad Autónoma de Madrid, precisa que el modelo más tradicional de nave era “un barco pequeño, de unos 15 metros de largo”, similar al pecio de Uluburun (Turquía), hacia 1300 a.C. “A pesar de sus dimensiones, estos barcos podían cargar hasta 20 toneladas en su base, distribuidas en compartimentos por unas tablas que separaban los distintos sectores.”

Entre los pecios fenicios, se encuentran el de Bajo de la Campana

los años de la Guerra Inexpiable (241-238 a.C.), de la que saldría triunfante Amílcar.

LOS HOMBRES DE ROJO

“Ni fenicios ni púnicos se llamaron a sí mismos de esa forma”, explica el doctor **Joan Ramón Torres**, Jefe del Servicio de Arqueología del Consell Insular de Ibiza. El nombre étnico de los primeros era “cananeos”, hijos de Canaán. Debido a los tintes rojos o púrpura con que comerciaban fueron conocidos como “phoínikes” por los griegos, de donde derivaría el término

El Mazarrón 2 fue descubierto en 1988.



(Murcia), de 15 metros y en el que se hallaron 200 lingotes de estaño y 28 colmillos de elefante; o el de Mazarrón 2, cargado con 2,8 toneladas de tortas de litargirio, con 90% de plomo y 10% de plata.

Todavía hoy, ¡cómo no!, nos impresionan las odiseas de esos hombres de la mar, así la de la flota fenicia del faraón Neco II (610-595 a.C.), que, de acuerdo con el relato de Herodoto, trató de circunnavegar África; o el periplo del cartaginés Himilcón (306 a.C.), quien surcó las aguas del Atlántico en busca del oro aluvial del Noroeste peninsular y el estaño de Bretaña y Cornualles. O, finalmente, Hannón, un navegante cartaginés que bordeó la costa atlántica africana.

“fenicio”. De sus colonias por todo el Mediterráneo recibieron un sinfín de riquezas, pero, a cambio, les dejaron un alfabeto que adoptarían griegos, etruscos y latinos, una cultura de sabor oriental que pocos paladares parecen recordar hoy, su sabiduría en el trabajo con los metales y los minerales y, desde luego, sus artes constructivas.

Como en las películas del Oeste, no había sitio para dos culturas en el Mediterráneo. Cartago debía ser destruida y fue destruida. Ahora, debemos seguir preguntando a sus cenizas.